

Un viaje en tren, un libro, una historia

Recuerdo aquel día como si fuese ayer, era una noche de diciembre, acababan de empezar las vacaciones y me dirigía hacia el pueblo para reunirme con mi familia en tren. Recuerdo sentarme apresuradamente en mi asiento para poder calentar mi cuerpo, enfriado por el aire glacial de invierno, pero al alzar la mirada, descubrí algo más glacial aún, la expresión del viejo desconocido de enfrente con el que iba a pasar el resto del viaje. Su rostro era el reflejo de una vejez marcada por el dolor, su mirada triste, perdida en la ventana y sus finos labios le daban un aspecto serio y desconfiado. Me entretuve imaginando su vida, observándolo con atención, me fijé que ni sus manos ni cuello presentaban ningún tipo de arruga o deterioro, el hombre que tenía en frente debía ser más joven de lo que aparentaba, era como si la vejez le hubiera golpeado

repentinamente tras un terrible acontecimiento, como una herida que nunca llega a cicatrizar. Tras pasar un par de minutos aparté la mirada y saqué un libro, no quería incomodarlo. Se trataba del Principito, nunca lo había leído antes, pues por lo que había escuchado de él, me parecía demasiado inocente, de una filosofía fácil y ñoña, si había acabado entre mis manos fue gracias a mi novia, quien me insistió numerosas veces en que me gustaría y, a decir verdad, me pareció una auténtica delicia, me fascinaba la sencillez y elegancia con la que englobaba el perfil más bruto de la vida.

Recuerdo que estaba totalmente absorto en una de las ilustraciones de acuarela cuando una voz me sacó de mi abstracción. -¿Hermoso libro verdad?- Preguntó el desconocido. Me sorprendió la dulzura de su voz - Oh sí, ¿lo ha leído usted también?- Respondí.

-Sí, de hecho, lo estoy volviendo a leer. Cada vez encuentro una interpretación diferente entre línea y línea.- Dijo sacando el mismo libro de su maletín.

Esbocé una sonrisa a modo de respuesta y seguidamente me pidió:

-¿Podría hacerme una favor?

-¡Claro!

- Verá... Quisiera contarle mi historia, siento la necesidad de sincerarme con usted como viejos amigos y después, solo conservar este momento en el tren como único recuerdo de los dos.

Estaba perplejo, no entendía nada, un silencio incómodo se había instalado. Ese hombre me desconcertaba, pero debía escucharlo. Había algo en su tono desesperado que despertaba en mí cierta compasión. - Oh, cla-claro... adelante.- Tartamudeé.

-Bien, ¿Tiene usted hijos, una familia? Supongo que es aún muy joven.

- Bueno, estoy viviendo con mi prometida, me gustaría tener hijos. Aún tenemos muchos planes por delante.

-¡Ah! la vida de joven adulto, entonces espero que mi historia le sirva...- Respondió nostálgicamente



-¿Y usted, tiene hijos?

-Tenía un hijo. También una esposa. Juan y María, formábamos una bella familia, pero él murió. Hoy, hace justo un año.

- Vaya, lo siento...

El hombre calló un tiempo, sus labios se crisparon, lanzó un suspiro y prosiguió.

-Juan era un niño alegre, curioso y muy observador. Tenía una gran sensibilidad, su madre y yo entendimos en seguida que no era un niño como los demás. De hecho, me recordaba al Principito tanto por su aspecto físico como su forma de ser. Nunca renunciaba a las preguntas que se hacía hasta ser contestadas. Lo queríamos con locura y nos esforzamos por darle lo mejor.

Todo cayó en decadencia cuando pasó al instituto, lo mandamos al mejor de la ciudad, separándolo de sus amigos. Era el más bajito de su clase, llevaba gafas y siempre había sido algo tímido. Como es de imaginar, no tardaron en ficharlo y en hacerle bullying. Todo empezó con insultos derivando en abusos, robos, violencia física... Juan no tardó en comunicárnoslo. Contactamos con los profesores, e intentamos hablar con los padres del grupito de abusones pero nunca se dio ese día. Los castigaron, pero solo sirvió para empeorar la situación. Juan terminó por callar del todo, ya nunca nos contaba nada, decía que ya no le molestaban, pero su comportamiento mostraba lo contrario. Le repetíamos lo genial que era y lo mucho que lo queríamos, lo llevábamos al psicólogo pero nada. Cada día hablaba menos y se aislaba más, ni siquiera quería ver a sus amigos de infancia, excepto a Emilio, su mejor amigo, algunos fines de semana. Era un chico muy parecido a Juan, de hecho, creo que era realmente el único que lograba ayudarlo. Por desgracia, Emilio se mudó, lo que terminó por derrumbar a Juan. Estábamos muertos de dolor, no sabíamos cómo sacarlo de ese círculo vicioso. Él no hablaba, los profesores no notaban nada raro en sus aulas etc. Cada día veíamos cómo se apagaba poco a poco. Hasta que un día... María volviendo del trabajo, abrió la puerta y lo encontró, ahí colg...

El hombre rompió a llorar sin poder terminar su frase. No sabía qué decir, estaba realmente conmovido.

-¡Lo peor, es que fue todo culpa mía!- Exclamó en sollozos.

-¡No diga eso hombre!- Respondí torpemente.

-¡Sí, sí lo digo! Pensaba que hacía lo que podía y que era impotente ante la situación. ¿Sabe por qué? Porque lo sobreprotegí. No le enseñé lo que era de verdad la vida, la vida es dura e injusta y hay que aprender a hacerle frente.

- Pero su hijo no era más que un niño.



-Ay amigo, es usted igual de ingenuo como yo entonces. De pequeño tuve una infancia dura, me crié solo con mi madre en un pueblo pobre. De ahí mi afán porque mi hijo tenga la infancia más feliz posible, y no me arrepiento de ello, pero si hay algo que aprendí en mi infancia era valerme por mí mismo, en mi época las palizas entre críos era de lo más normal...

...

Lo miré con cara extrañada.

-Me refiero a que no estoy a favor de la violencia, pero sí a saber defenderse. Si alguna vez tiene hijos enséñeles todas las facetas de la vida, que es maravillosa a la par que cruel, no trate de esconderles todo lo feo, por mucha fragilidad y ternura que le inspiren. ¿Ha llegado a la parte en el que Principito es mordido por la serpiente?

-Sí, me falta muy poco para terminarlo.- Contesté.

-Bien, es la parte que menos aguanto y paradójicamente, mi preferida. Es el encuentro de la pureza, la fragilidad y sinceridad con la maldad, sin embargo resulta serle útil al Principito para reencontrarse con lo que añora. Lo que añoraba mi hijo era la paz y esa serpiente, era la sociedad que lo encasilló como acosado, en seguida se encerró en él y aceptó que merecía ese maltrato. Sin embargo, estoy seguro que sus acosadores también tenían una serpiente en su vida. Todos tenemos una serpiente en la vida, pero su picadura sólo alcanza a los que menos la merecen, los más débiles. Pensaba que lo había perdido todo. He perdido a mi único hijo y a mi mujer, no aguantábamos seguir juntos tras la muerte de Juan. He perdido la familia que había formado y mi hogar en tan sólo un año. Pero no perdí la esperanza. Hay cosas que jamás me perdonaré y nunca llegaré a superar. Pero se que el tiempo calmará muchas cosas. El tiempo es sabio. Ese libro que tiene entre las manos me ha enseñado infinidades de cosas. Cómo no citar "lo esencial es invisible a los ojos". Ha hablado poco, pero he podido observar que es un hombre sensible, la gente sensible es capaz de captar desde el sabor a paz de un atardecer hasta emocionarse con el tacto de las notas liberadas por una melodía. La sensibilidad es una sinestesia de emociones. Cultive su sensibilidad, le hará apreciar más las cosas que lo rodean, creo que eso hace a la gente más feliz, aunque no creo que exista una receta secreta para la felicidad. Así que no pediré que haga nada, solo le pido que sea lo más feliz posible.

El hombre se levantó de su asiento y cogió su maletín -Aquí bajo yo, gracias por haberme escuchado y Feliz Navidad, cuídese señor- Dijo.

Noté como una lágrima caía por mi mejilla -¡Gracias, gracias!- Repetí una y otra vez mientras se alejaba. Clavé mis ojos en él a través de la ventana hasta perderle de vista.